

A historical photograph showing three men in military or political attire looking intently at a map on a table. The man on the left is Adolf Hitler, the man in the middle is Hermann Goebbels, and the man on the right is Joseph Goebbels. They are all dressed in dark suits or uniforms. The background is a plain, light-colored wall.

DAVID SOLAR

LA CAÍDA DE LOS DIOSES

Los errores estratégicos de Hitler

El 21 de junio de 1940, cuando Francia capituló en Compiègne, Hitler había ganado la guerra. Aparte del territorio del Reich, dominaba Noruega, Polonia, Checoslovaquia, Países Bajos, Bélgica y Francia. Era aliado de Italia y tenía relaciones muy amistosas con Franco, que le debía la victoria en la guerra civil. Se aprestaba a establecer pactos o a ocupar Finlandia, Rumanía, Hungría, Bulgaria, Croacia...

Además, mediante un tratado, se había repartido Polonia con Stalin, y el III Reich recibía de la URSS todo tipo de materias primas. Disponía de un territorio con enormes reservas humanas, industriales, económicas, agrícolas y mineras, que colaboraría más o menos forzosamente con el esfuerzo militar alemán.

Se ha reiterado que la «pequeña Alemania» sucumbió aplastada por el peso de la mitad de las naciones del mundo. Y eso es verdad sólo a partir de finales de 1941. Antes no. Con la forja de un poderosísimo partido y la remilitarización del país, Hitler había devuelto a Alemania su lugar perdido entre las naciones europeas.

Por tanto, ¿por qué el III Reich sufrió la más espantosa de las mortandades y destrucciones?

David Solar, autor de *El último día de Hitler*, analiza, en una apasionante narración, la derrota alemana y aborda páginas ineludibles del conflicto mundial, como la ocupación de Noruega, el pacto con Stalin, la batalla del Atlántico, operaciones fundamentales como Félix o Malta, las limitaciones de la Luftwaffe, el desacierto de la campaña de África, el infierno que supuso la batalla de Stalingrado o las destrucciones de Hamburgo y Dresde.

David Solar desgrana uno a uno los errores que llevaron a Alemania a perder la guerra que tenía ganada en junio de

1940, cuando Gran Bretaña se quedó sola ante la maquinaria militar que había forjado Adolf Hitler.

*Soha, veinticinco años no son nada,
ya lo decía el tango.*

Introducción

El día en que capituló Francia, Hitler había ganado la guerra. Aparte del territorio nacional —las unificadas Alemania y Austria—, dominaba Noruega, Polonia, Checoslovaquia, Holanda, Bélgica y Francia. Era aliado de Italia, tenía relaciones muy amistosas con España, cuyo jefe del Estado, Francisco Franco, le debía la victoria en la Guerra Civil. Se aprestaba a cerrar acuerdos o a ocupar Dinamarca, Rumania, Hungría... Tenía un tratado con Stalin, por el que se habían repartido Polonia, y recibía de la URSS todo tipo de materias primas...

Se ha dicho reiteradamente que la «pequeña» Alemania sucumbió aplastada por el peso de medio mundo. Y eso es verdad sólo a partir de finales de 1941. Antes no. En 1939, en vísperas del ataque a Polonia, Alemania era un Estado con ochenta millones de habitantes, que se hallaba a similar altura que Gran Bretaña y Francia —cuando no por delante— en cultura, ciencia, economía, industria, tecnología, comunicaciones, presupuestos militares... Durante los cien días que le costó apoderarse de Polonia, Noruega, Bélgica, Holanda y Francia, demostró que se hallaba muy a la cabeza en cuanto a concepción moderna de la guerra. Así, el 22 de junio de 1940, cuando Francia capituló en Compiègne, se encontró dueño de un inmenso territorio —con enormes reservas humanas, industriales, económicas, agrícolas, mineras— que, en determinadas circunstancias, colaboraría o

se resignaría a trabajar para el esfuerzo militar del ocupante.

En aquel momento comenzaban a cristalizar las ambiciones e ilusiones de Hitler: la victoria que le permitiría realizar los sueños esbozados en *Mein Kampf*, la revancha por la derrota que sufrió como soldado en la Gran Guerra, el reconocimiento universal de la superioridad aria y, sobre todo, de su genio universal e innato. De niño, quiso tocar el piano e, incluso, le compraron uno, pero sólo tomó unas clases porque él, Adolf Hitler, no tenía por qué someterse a tan estúpido aprendizaje, pretendía ser un fantástico pianista por inspiración divina. Quiso ser arquitecto, pero nunca terminó los estudios que le facultaban para entrar en la Escuela de Arquitectura, lo que le hizo abominar del sistema, pues se consideraba un arquitecto genial desde la cuna. Algo similar le pasó cuando fue rechazado en la facultad de Bellas Artes. Esas negativas a reconocer su genialidad original, su mesianismo, le condujeron a creerse un incomprendido, un perseguido y se convirtió en un resentido social... Pero, tras la capitulación francesa en Compiègne, todo aquello quedaba enterrado en el pasado ominoso de Viena y Múnich.

En los gloriosos días de la victoria de 1940, Hitler se consideraba un héroe wagneriano. Su voluntad y su genio habían forzado la victoria sobre el destino, superando todos los obstáculos opuestos en su camino por seres maléficos. El pintor de postales de Viena, el humilde cabo de la Gran Guerra, se había alzado con un partido político e, incluso, se había atrevido a asaltar el poder en Múnich, en 1923. Entonces fue vencido, pero aprendió, forjó un poderosísimo partido y, una década más tarde, se convertía en líder de la oposición y lograba que el mariscal Hindenburg le entregara la Cancillería.

Desde 1933, en sólo seis años, había devuelto a Alemania a la preeminencia europea perdida en la Primera Guerra Mundial: fin de las zonas de ocupación, remilitarización de

Renania, rearme hasta convertir Alemania en primera potencia militar continental; trabajo acelerado para la industria pesada, intensificación de las obras públicas, consiguiendo que las carreteras y los ferrocarriles del Reich volvieran a ser la envidia de Europa... Tras la victoria sobre Francia, Hitler se creía Dios. Había cumplido su promesa de unir a los alemanes y terminar con las escisiones del territorio nacional: anexión de Austria, de los Sudetes, de Memel, del Corredor de Danzig... En fin, en tres campañas militares, en sólo cien días, había conquistado Polonia, Noruega, Bélgica, Holanda y Francia. Y Gran Bretaña, si sabía lo que le interesaba, no tardaría en solicitar el armisticio... Y todo ello gracias a su talento, a su genialidad innata, pues sus estudios se limitaban al segundo grado escolar. Y lo mismo que, sin formación superior en ciencias políticas, derecho o economía, había realizado todo aquello, sin haber acudido a una academia militar, con su simple experiencia como combatiente en la Gran Guerra, también se había convertido en el mayor genio militar de Alemania...

Ése era su esquema argumental en aquellos días victoriosos del comienzo del verano de 1940... Pero ¿cómo era realmente Hitler desde el punto de vista militar? Quizá quien mejor le conoció y más le sufrió fue el jefe de Operaciones del Alto Mando de las Fuerzas Armadas (OKW), Alfred Jodl. Interrogado durante el Proceso de Núremberg sobre la responsabilidad de Hitler en las órdenes militares, respondió: «Desde el primer día. Todas las decisiones que revestían alguna importancia las tomaba él personalmente».

Al referirse al talento de Hitler en la conducción de la guerra, Jodl no dudó en atribuirle los grandes éxitos iniciales:

Uno de sus grandes aciertos fue ocupar Noruega. Otra gran hazaña suya fue la decisión de atacar Francia por Sedán, que tomó por su cuenta y riesgo, y contra la recomendación de su Es-

tado Mayor, que le había instado en pleno a seguir el Plan Schlieffen [...] Pero su mayor triunfo militar puede que fuera su intervención personal para detener la retirada alemana en el este en noviembre [sic] de 1941. Ningún otro lo habría conseguido.

El mariscal Wilhelm Keitel, jefe del OKW, se contaba también entre quienes mejor conocieron a Hitler desde el punto de vista militar, pues estuvo a su lado durante toda la guerra y sus prolegómenos. En Núremberg, le calificó de «genio». Luego puntualizó:

Para mí un genio es un hombre con una habilidad extraordinaria para escudriñar el futuro, con una gran capacidad para advertir las cosas, con un conocimiento exhaustivo de la Historia y de las cuestiones militares... En ese sentido, creo que Hitler era un genio [...] Poseía una fuerza de voluntad fuera de lo común y, cuando algo se le metía en la cabeza, tenía que conseguirlo.

Erich von Manstein, uno de los generales alemanes más competentes, que trató entre 1940 y 1944, declaró en ese proceso: «Tenía una personalidad extraordinaria. Era un hombre de una inteligencia excepcional y de una fuerza de voluntad fuera de lo común». Manstein fue, precisamente, como jefe del Estado Mayor de Von Rundstedt, quien sugirió la posibilidad de la ofensiva contra Francia a través de Luxemburgo, por el territorio de las Ardenas, al que Hitler se adhirió, imponiéndola a la Wehrmacht.

Otro de los militares importantes del III Reich, el gran almirante Dönitz, atribuía a Hitler «una cabeza extraordinaria [...] una memoria fuera de lo común. Recordaba todo lo que leía. [...] Por ejemplo, conocía de memoria todos los buques de los Aliados y sus características».

Sin embargo, en la preparación de la guerra se pueden analizar decenas de imprevisiones y decisiones desacertadas de Hitler y lo mismo durante el conflicto. Refiriéndose a éste, Jodl creía que los errores no los cometió al comienzo:

Sin embargo, en 1942, durante la campaña estival de Rusia llegué a la conclusión de que el Führer no tomaba decisiones sensatas. [En esa época] se quejaba constantemente de dolor de cabeza, y así ocurría que un día daba órdenes y al siguiente, cuando ya se habían cumplido, abroncaba a los del OKW por haberlas obedecido...

Jodl, que fue ejecutado en Núremberg, no perdió su simpatía por Hitler ni siquiera en aquel trance, porque, según el psiquiatra que le visitó en su celda, era «un hombre frío, terco como un buey y obsesivo». Pero, a la vez, era un militar muy inteligente y competente; por tanto, también reconocía las limitaciones militares del Führer:

En realidad, lo que quedó claro desde que tomó el mando supremo es que lo que más le faltaba era la experiencia de una larga carrera militar, desde la base hasta la cima [...] Participó en la guerra de trincheras del conflicto anterior y conocía esa forma de guerra muy bien, pero carecía de experiencia real de la guerra móvil y de las dificultades que se originan en las comunicaciones, en las imprevisibles condiciones de esta guerra. En consecuencia, tendía a pasar por alto las dificultades de ejecución de algunas de las operaciones que había planeado.

Es decir, militares competentes que le trataron le reconocían inteligencia, memoria, intuición, previsión, voluntad... Y, sin embargo, cometió tantos errores que, al final, perdió la guerra que tenía ganada en junio de 1940, cuando Gran Bretaña se quedó sola ante el Imperio que había forjado Hitler. Ciertamente que Gran Bretaña era una gran potencia colonial y que disponía de una formidable flota, pero esa fortaleza era, también, una debilidad, pues para abastecer a la metrópoli, desde la que se alimentaba la guerra, eran necesarios suministros próximos a los cincuenta millones de toneladas al año, es decir, no menos de 10 000 barcos mercantes medios de la época. Pero Hitler no acertó a cortar ese cordón umbilical del Reino Unido. El talento político-militar desplegado por Londres hubiera sido insuficien-

te para mantenerse en pie ante Alemania, de no haberse producido en Berlín un sinnúmero de fallos políticos, diplomáticos, militares e industriales.

Hay errores capitales muy conocidos, sobre todo el ataque a la URSS y la declaración de guerra a EE. UU. Existen, también, numerosas batallas cuyos deficientes planteamientos condujeron a estrepitosas derrotas: la batalla de Inglaterra, la de Stalingrado, el desvío hacia el sur del golpe dirigido contra Moscú, el feroz desgaste de la Wehrmacht en Kursk, los errores de Normandía...

Y hay centenares de decisiones erróneas imputables, también, a Hitler: operaciones trascendentales, como Félix o Malta, que no emprendió, o campañas imposibles que no debió acometer, África, por ejemplo; las rectificaciones que no permitió, a costa de la aniquilación de ejércitos enteros; los temores de «cabo de infantería» que le llevaron a perder oportunidades, como la de Dunkerque, o a reasegurarse, como en el caso de Noruega, a la que dotó de una extraordinaria protección artillera y naval, en detrimento de Normandía y de la batalla del Atlántico; en el rearme naval, la absurda denuncia del Tratado de Londres, la conservadora elección de cañones y blindajes frente a submarinos y portaaviones; las limitaciones de la Luftwaffe y su pérdida de competitividad a lo largo de la guerra, originadas por el abandono en manos de Göring de «todo lo que volaba», por la opción, en su detrimento, a «las armas prodigiosas» que nada resolvieron, perjudicada por su «intuición infalible», que retrasó el desarrollo del caza a reacción ME-262, tratando de reconvertirlo en bombardero cuando ya estaba listo para operar.

Otros errores fueron provocados por la vesania criminal del propio Hitler, como la destrucción sistemática de Londres, abandonando la de los aeropuertos y bases aéreas británicas, en 1940; el empleo de las V-1 contra la capital inglesa, cuando su utilización contra los puertos de embarque hubiera podido causar importantes pérdidas en la flota

de invasión de Normandía, en 1944. Y, en el ámbito de esa locura homicida, nada tan criminal como la puesta en marcha de la Solución Final, del exterminio de cinco millones de judíos que, aparte de su faceta genocida, supuso un evidente gasto de fuerzas y medios utilizables en el campo militar.

De todo eso trata este libro, que comienza justamente cuando, derrotada Francia, Hitler había ganado la guerra. A partir de ahí, se profundiza en su mal empleo del tiempo, de los planes, de la colaboración con sus aliados italianos, del fatal manejo de sus relaciones preferentes con Franco... Capítulo aparte merecen dos campañas de triunfal inicio y desastroso fin: África y Rusia; el desplome de Italia, la apertura aliada del frente francés, el fracaso en Rusia, la feroz batalla del Atlántico y, finalmente, la desesperada e inútil resistencia sobre las ruinas del Reich, hasta la muerte en el búnker. En esos meses postreros de la guerra, jugando a todo o nada, tratando de vencer en una guerra que ya había perdido dos años antes, causó los mayores males al futuro de Alemania: en vez de acumular todos sus medios en la defensa de sus fronteras del este, quemó sus últimos cartuchos en las Ardenas y Hungría, obstaculizando el avance aliado y dando opciones al soviético.

Éste es un libro crítico sobre lo que pasó y se mueve en las posibilidades que se dieron en la realidad, aunque se permita algunas ucronías, es decir, unos pocos análisis de lo que pudo ser y no fue, pues me parecen lícitos porque los planes estaban sobre la mesa.

Las fuentes empleadas son, preferentemente, las memorias de numerosos protagonistas, como Churchill, Speer, Dönitz, Montgomery, Guderian, Kesselring, Manstein, Mellenthin, Skorzeny, Tedder o Westphal; las notas de Ciano, las conversaciones privadas de Hitler, los dietarios de las reuniones de guerra del Führer, las entrevistas e interrogatorios de Núremberg; los estudios sobre el III Reich, preferentemente los de Kershaw, Steinert, Gellately, Burleigh,

Bullock, Gallego, Trevor Roper y Toynbee; las biografías de numerosos protagonistas: Hitler, Churchill, Stalin, Roosevelt, Mussolini, Ciano, Rommel, Göring, Montgomery y Eisenhower; las monografías sobre acontecimientos o batallas, como las de Inglaterra, El Alamein, Stalingrado, Normandía, Creta, las Ardenas o Berlín; las enciclopédicas historias generales sobre la guerra, como las de Eddy Bauer, Arrigo Petacco, Claude Bertin o la síntesis de Murray y Millet, o sobre el final del III Reich, como la extraordinaria investigación de Jürgen Thorwald, *Comenzó en el Vístula y terminó en el Elba* o la de Joaquin Fest, *El hundimiento*; las historias especializadas sobre las marinas y las aviaciones contendientes; los análisis de Liddell Hart y Fuller; las crónicas periodísticas ejemplares, como la de Alexander Werth o la de Alan Moorehead. A todos sus autores y editores, mis más expresivas gracias, pues les debo la mayor parte del material utilizado en el libro.

Capítulo I

El desfile de la victoria

El 14 de junio, tropas alemanas penetraban a tambor batiente por los Campos Elíseos, ante el asombro y el temor de los parisienses. Mientras, el general en jefe del Ejército francés, Maxime Weygand, urgía a su Gobierno, reunido en Burdeos, una solución inmediata, pues sus unidades se estaban desintegrando: «Continuaré la resistencia si me lo ordenan, pero debo decir que hemos perdido la guerra». En medio del marasmo general, el ejecutivo francés debatía si rendirse o resistir. Pese a la catarata de noticias, a cual peor, sobre los reveses militares que sus tropas padecían en todos los sectores, el primer ministro galo, Paul Reynaud, rechazaba aceptar lo inevitable y pretendía alentar la resistencia para hallar una línea negociadora. Alguien le disuadió desabridamente: «¡Usted confunde a Hitler con Bismarck! Hitler no se contentará con Alsacia y Lorena... ¡Hitler es Gengis Khan!».

Durante dos días se sucedieron los debates. Una parte del Gobierno —con De Gaulle, subsecretario de Defensa, a la cabeza— pretendía resistir a toda costa en Bretaña, reuniendo en esa región cuantas fuerzas pudieran salvarse y, contando con el apoyo aeronaval británico, reiniciar desde allí el contraataque. Era un proyecto utópico, pues los alemanes se acercaban a la zona rápidamente y hubiera sido imposible un repliegue importante; por otro lado, Churchill,

que animaba a los franceses a una resistencia a ultranza, no podía ofrecerles tropas, armas, ni un decidido apoyo naval, ni mucho menos las veinticinco escuadrillas aéreas que pedía Weygand, porque intuía que todo ello sería tan inútil para cambiar el curso de la lucha como vital para la supervivencia de Gran Bretaña. Más aún, el plan de De Gaulle fue desestimado por los británicos, pues les parecía que sólo hubiera dado lugar a otro Dunkerque, de peores consecuencias con toda seguridad.

En aquellas jornadas angustiosas Francia solicitó la inmediata intervención militar norteamericana. Era otra quimera. EE. UU. no estaba preparada para una guerra y, políticamente, la mayoría de sus congresistas y senadores eran aislacionistas cuando no abiertamente antiintervencionistas. El presidente Franklin D. Roosevelt remitió a Burdeos sus mejores deseos y su apoyo moral en aquellas «horas terribles», pero declinó toda intervención militar, que «sólo el Congreso puede decidir».

Ante su evidente soledad, a una de las facciones del ejecutivo —con el primer ministro Reynaud al frente y De Gaulle aceptando la idea— propuso trasladar el Gobierno a Argel, con la flota y cuantas tropas pudieran salvarse, para proseguir desde allí la guerra. Parecía realizable: aún hubiesen podido despegarse del frente algunas divisiones, rebañar los efectivos armados que se hallaran en las zonas costeras y portuarias y establecerse en Argel, donde se contaba con tropas europeas y coloniales...

No era demasiado, pero la potente flota francesa —quizá superior a la italiana y la alemana juntas—, estaba intacta y, además, aún contaban con unos centenares de aviones... Es decir, bases, tropas y medios suficientes para haber dominado el Mediterráneo en combinación con la flota británica, a la espera de tiempos mejores. Por otro lado, el Gobierno disponía aún de sus reservas de oro y metales preciosos que, junto con las de Polonia y Bélgica, estaban en Burdeos, bajo la custodia del Banco de Francia.

El plan no se realizó. Aparte de las dificultades propias que, en aquel ambiente de derrota, entrañaba el proyecto, gran parte de los militares se oponía a él porque la prolongación de la resistencia hubiera costado mucha sangre y porque, con el Gobierno en Argel, el Ejército hubiera debido hacerse cargo de la capitulación en la metrópoli, convirtiéndose ante la opinión pública en el único responsable de la derrota, cediendo a los políticos el papel de resistentes y patriotas.

En esos agobios y mezquindades, al final se impuso el criterio del mariscal Philippe Pétain, que se había hecho cargo de la vicepresidencia a comienzos de junio: el lugar del Gobierno estaba en Francia, porque «La patria no se lleva en la suela de los zapatos». Por tanto, había que solicitar el alto el fuego y defender lo que se pudiera en el territorio metropolitano. Era el final. Los depósitos de oro fueron enviados a Canadá y EE. UU. el 16 de junio y, al día siguiente, Pétain sustituyó a Reynaud en la jefatura del Gobierno y solicitó el armisticio, encargando de la gestión mediadora a España.

Hitler se hallaba en Brûli-de-Pêche, un pueblecito belga abandonado, donde se habían levantado unas viviendas prefabricadas. Allí, a pesar del fastidio de los mosquitos, vivió medio mes feliz, bailando, riendo y dándose palmadas en los muslos cada vez que recibía la noticia de un nuevo éxito. En aquellos días nombró gobernador de Holanda al abogado austriaco Arthur Seyss-Inquart, con la orden de remodelar el país según la mentalidad nacionalsocialista. Más fortuna tuvieron los belgas —cuya resistencia admiró a Hitler— que recibieron como gobernador al general Alexander von Falkenhausen, cuya moderada actuación terminaría por hacerle caer en desgracia en 1944.

La principal preocupación de Hitler hasta el armisticio fue redactar el documento de la capitulación francesa y planear la ceremonia que debía acompañarla. Por eso, al enterarse de la petición de Pétain «... se puso tan contento que